

RIENZI.

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

A pesar de aquel miedo supersticioso, de aquel temblor universal, una convicción profunda entristecía al pueblo romano: por afianzar su independencia se veía el tribuno derrocado desde el alto y resplandeciente solio de su gloria. Si sus delitos se enumeraban en la acusación lanzada contra él; todos podían leerlas en las columnas, en las esquinas de la ciudad.

Primero: La sublevación que tuvo por objeto proclamar la libertad de Roma.

Segundo: El sacrilegio de haberse bañado en la pila de Constantino.

Bien conocía el pueblo que solo se le imputaba el segundo crimen para cubrir miserablemente la estrañeza que debía causar el primero, y que Rienzi padecía por haber servido con fidelidad la causa pública; suspiraban muchos, pero encogiéndose de hombros ya que les era imposible hacer otra cosa: pero en aquel vasto palacio permanecía solo y abandonado el tribuno, sostenido únicamente por la presencia de un corto número de personas fieles.

Los mas valientes de sus soldados toscanos habian partido con Irene, y el resto de las fuerzas, á escepcion de la parte que habia conservado de la guardia, se componía de la milicia del país. Los individuos que la componian, descontentos por el atraso de sus pagas, se agarraron al pretexto de la excomunión para permanecer pasivos, ó tal vez para atizar el fuego de la discordia desde sus hogares.

Un nuevo accidente que sobrevino al tercer dia hizo despertar á Roma de su letargo. Ciento cincuenta mercenarios, conducidos por Pepin de Minorbino, un napolitano semi-noble y semi-bandido, y hechura de Montreal, entraron en Roma, apoderándose de la fortaleza de Colonna y enviaron un heraldo para que en nombre del legado del papa proclamase por las calles la recompensa de diez mil florines en cambio de la cabeza de Rienzi.

Entonces fué cuando la gran campana del Capitolio hizo resonar en todos los barrios de la ciudad sus claros y alarmantes sonidos; pero el pueblo los oyó desalentado, comprimido por el temor de la autoridad espiritual, mucho mas respetable en semejantes ocasiones desde que la Santa-Sede no residía en Roma. El tribuno se encontraba en la plaza del Leon, y sus escuderos, colocados detras de él, enfrenaban la fogosidad de su caballo, y tenían el casco y aquella misma hacha de armas que tanto brilló en el último combate.

A su lado se mantenian algunos soldados de la guardia, los empleados de palacio y dos ó tres principales ciudadanos. Contemplaba Rienzi aquella multitud humillada y sin armas con amargo desprecio mezclado de profunda conmiseración: tenía erguida la cabeza, y su semblante revelaba á un mismo tiempo indignación y benignidad. Al punto en que calló la campana, y que el pueblo se mostró sosegado y atento, pijo el tribuno:

—Por fin os veo reunidos, ciudadanos de Roma: decidme pues ¿venis como esclavos ó como hombres libres? Un miserable enjambre de soldadós advenedizos ha penetrado en la ciudad. ¿Queréis sucumbir hoy por ventura al esfuerzo de esos extranjeros mercenarios, despues de haber arrojado de vuestras puertas á los mas atrevidos ginetes, á los guerreros mas hábiles y valientes de Italia?... ¿Queréis correr á la gloria conducidos por vuestro tribuno?... Nada me respondeis... sea en buena hora. ¿Queréis defender vuestras libertades, vuestra eidad natal? ¡Ah! Guardais todavía silencio... Per los santos que reinan sobre el trono de los dioses paganos, que jamas lo hubiera imaginado... Mucho habeis descendido, hijos de Roma. ¡Y qué! ¿Ni aun teneis brazos para vuestra propia defensa? Romanos, escuchad mis palabras. ¿En qué os ha ofendido mi autoridad? Declaradlo, y si no puedo satisfaceros, consiento en parecer á vuestras manos: pero despues de mi muerte machad con vuestros aceros tintos en mi sangre contra ese bandido que sirve de vanguardia á vuestros tiranos y, moriré agradecido y vengado. ¡Llorais!... ¡Santo Dios!... ¡Llorais vosotros! Tambien yo debo llorar amargamente porque he vivido lo bastante para hablar en vano de libertad al pueblo romano. ¿Y es esta la ocasion de verter lágrimas? Derramadlas, ciudadanos, que ellas producirán algun dia abundante cosecha de crímenes, de licencia y de despotismo. Romanos, volemós á las armas; seguidme á la plaza de Colonna y ahuyentemos de nuestros enemigos á ese bárbaro enemigo, á ese salteador: poco importa lo que despues de su fuga querais hacer de mí.

Detúvose un momento, mas notando que sus palabras no reanimaban el espíritu público, añadió con voz aterradora.

—Si así no lo haceis, os abandono á vuestro destino.

Un sordo y prolongado murmullo sucedió á estas últimas razones; fué crecido el rumor por grados y al fin se oyeron algunas veces que dician:

—¡La bula del Papa! ¡Eres un hombre maldito, escomulgado!

—¡Y vosotros me abandonais, exclamó el tribuno! ¡Vosotros, que sois la única causa de que un hombre se atreva á armarse contra mí de la cólera de cielo! ¿No se me acusa de rebelión y de herejía porque he libertado á Roma? ¿En dónde estan mis crímenes? Lo será el haber asegurado vuestros derechos y el haber sostenido que toda la Italia debe emanciparse del vergonzoso yugo que la oprime? ¿Lo será el haber vencido á esos orgullosos magnates que intentan esclavizaros, á esos enemigos eternos de la iglesia y de la felicidad pública? ¡Y vosotros me echais en cara todos los beneficios que me debeis, todo cuanto he hecho por vosotros! Romanos, con vosotros hubiera yo combatido hasta el último trance, y por vosotros hubiera muerto con placer: haciéndome traicioneros la haceis á vosotros mismos, porque mi causa es la vuestra; mas ya que no gobiernais desde hoy á un pueblo de valientes, hago dimisión del poder que me disteis, para que de él se apoderen los tiranos que preferis. Durante los siete meses que he tenido á mi cargo los negocios públicos ha prosperado vuestro comercio; habeis gozado los beneficios de una justicia igual é incorruptible; vuestras armas han triunfado y habeis conocido el lugar que á Roma corresponde en el orbe cristiano. Abdico pues el gobierno que depositasteis en mis manos; despues de mi destierro defendereis vuestra libertad, si sois dignos de conservarla, pues es indiferente que un pueblo grande y esforzado sea regido por un hombre ó por otro. Probad al mundo que Roma abriga en sus muros mas de un Rienzi tan decidido en favor del bien público pero mas feliz que yo.

—Daria un ojo de la cara porque el tribuno no hubiera pensado en la maldita contribución, y por que hubiera degollado á los barones, decía Cecco del Vecchio, tipo verdadero de la sensibilidad vulgar.

—Tienes razon, ciudadano, le contestó el sepulturero, pero eso de la pila sagrada.

—¿Y que motivos tenemos nosotros, repuso el carnicero para esponernos á recibir tontamente media docena de hachazos, como les sucedió á mis dos infelices hermanos que Dios haya perdonado?

Mostrábase pintada en todos los semblantes una espresion general de irresolución y de vergüenza. Muchos sollozaban y vertian abundantes lágrimas, no se levantaba un solo acusador, á escepcion de los ya mencionados, y ninguno parecia dispuesto á insultar la desgracia, pero tampoco á armarse para defender la oprimida virtud. Dominaba á todos aquellos hombres reunidos un terror pánico, uno de esos ascensos de indiferencia letárgica, comunes en los pueblos para quienes la libertad es un mero capricho, una palabra mágica, cuyo sentido no comprenden, porque no han llegado á gozar detenidamente sus mejores resultados para dejar de asustarse de las tempestades que preceden á su aurora. Los meridionales nos han ofrecido repetidas veces ejemplos semejantes, sin que por eso sean estraños en los pueblos del norte, pues si Cromwell hubiera vivido un año mas, la Inglaterra nos hubiera presentado el mismo espectáculo. En efecto, este país presenció una reaccion análoga, cuando los ingleses abandonaron ciega y desalentadamente los frutos de una guerra sangrienta, sin restriccion, sin preveer los funestos resultados que se siguieron, al corrompido pensionario de Luis, al real asesino de Sidney. La nacion mas noble y esforzada se halla mil veces espuesta á estas prostraciones de su energia, á esta ceguedad moral, cuando la libertad que debe nutrirse, formarse y desenvolverse con lentitud; á fuerza de tiempo, afianzando sus raices en los hábitos y preocupaciones para corregir aquellos y desterrar estas de la sociedad á fuerza de luchar contra el terreno ingrato que absorbe su jugo oponiéndose á sus desarrollo, florece y se agosta con el genio tutelar y privilegiado que la sostiene. El pueblo, cuya libertad se personifica en un hombre, no puede conservarla despues que el hombre desaparece.

—¡Cielos! ¡Qué no sea yo un hombre en esta ocasion! gritó Angelo que se mantenía firme al lado de Rienzi.

—¿Escuchais las palabras de esta criatura? dijo Rienzi. Dios ha puesto la sabiduría en los labios inocentes. Desea ser hombre para mostrarnos con su ejemplo el partido altamente honroso que debeis seguir: pero la suerte y la degradación del pueblo romano lo han dispuesto de otro modo. Adios pues, ciudadanos; voy á colocarme segundo de un puñado de valientes delante del fuerte del enemigo comun: tres veces herirán vuestros oídos los sonidos de mis clarines guerreros, y si á la tercera no acudis armados como debeis estarlo en tal coyuntura, si trescientos, doscientos, cien romanos no se me reúnen para lanzar ignominiosamente de la capital al enemigo, haré añicos la vara de la justicia, símbolo de mi autoridad desconocida, y el mundo dirá con asombro que ciento cincuenta ladrones han hecho temblar á Roma, pisoteando sus magistrados y sus leyes.

Dijo y calándose el casco y empuñando su formidable hacha montó en su arrogante corcel. El pueblo silencioso le abrió paso, y el tribuno acompañado por su reducida escolta se alejó con lentitud desapareciendo á pocos momentos por las tortuosas calles de la capital.

(Continuaré.)



Los compañeros de la noche.—Leemos los siguientes pormenores acerca de una asociación que existe en París conocida con el nombre de *Compañeros de la noche*, compuesta de hombres que han querido poner su fortuna y talento en comunidad en provecho de sus placeres con una sola condición.

«Estos jóvenes de todas edades reunidos en un memorable banquete que tuvo lugar el 31 de diciembre para enterrar el año difunto hicieron entre sí un pacto solemne. Sobre una especie de altar formado de botellas vacías, juraron que desde el 1.º de enero hasta el jueves de mediados de cuaresma, se privarían absolutamente de ver la luz del día.

«Cada cual se comprometió á no vivir mas que de noche durante ese espacio de dos meses, y no fue esta una promesa vana, pues la magestad del juramento fué sellada por un contrato. El acta redactada en debida forma imponía una multa en castigo de la contravención. El que resulte convencido de haberse presentado despues de salir el sol y antes de su postura, debe pagar á la sociedad una multa de cien luises. No se admite excusa alguna, ni aun por motivos de la mayor gravedad.

«El que tuvo la idea de semejante contrato debía de ser sin duda un elegante amenazado con algun mandamiento de prision por deudas. Su mocion tuvo el mejor éxito; cada concurrente, despues de haber levantado la mano, tomó la pluma y firmó el contrato, desde cuyo momento los individuos de la sociedad se intitularon los *compañeros de la noche*.

«En todo un mes no se ha verificado la menor contravención. Los compañeros entran en sus casas ó en donde tienen de costumbre, y se encierran religiosamente antes que el sol ilumine el horizonte parisiense. A la hora en que principia la noche se espargen por la ciudad.

«Entonces se dirigen á los espectáculos y á los bailes. Siempre reunidos y bien armados desafían cualquier mal encuentro y se entregan á sus diversiones. Obedecen los compañeros de la noche á todas las descripciones de la higiene, duermen proporcionalmente á sus respectivos trabajos y no varía jamás las horas de su comida. Almuerzan á las ocho de la noche y comen á las cuatro de la mañana.

«Muchos de ellos han tenido que sufrir las pruebas de los sacrificios mas crueles, se han visto obligados á no acudir á halagüeñas citas que no podían concedérsele: sino durante el día, perdiendo así el fruto de sus intrigas de los bailes de máscaras pero les costaba la multa de cien luises; y este era un precio muy caro!

Baile de niños.—Dice el *Diario de los Debates*: El domingo último se ha verificado en casa del intendente de palacio un baile de niños, á que asistieron de todas clases y edades; niños de la magistratura, de la hacienda, del foro, del comercio, de la guardia nacional, del ejército, de la política, fueron convidados hasta en número de mas de setecientos por el conde de Montalivet, aquella fiesta que embellecía también la presencia de muchas hermosas y elegantes damas. Entre los padres, felices con el espectáculo de aquella alegría infantil, se hallaban el mariscal duque de Isly y cuatro ministros: M. Martin (du Nord), M. Lacave-Laplagne, el almirante Mackau y M. de Salvandy. M. Guizot estaba representado por su hijo Guillermo Guizot, niño de diez años y medio, cuya fisonomía, animada por una inteligencia precoz, ofrece una noble semejanza con los rasgos de la de su ilustre padre.

El conde Molé habia llevado á su graciosa nieta, la señorita de Champlatreux; M. Thiers, á su cuñada, la señorita Dosne; y el primer presidente Barthe á sus dos hijas. En aquel terreno de conciliación, abierto á todos los partidos por M. de Montalivet, se veía bailar en perfecto acuerdo al ministerio, á los dos entros, á la oposición, y aun á la defección: el 1.º de marzo hablaba mucho, bailaba poco, y aplaudía como toda la asamblea la admirable escuela del 15 de abril, que ejecutó con el 29 de octubre dos mazourkas de las mas originales. La afabilidad y gracia de M. y madama de Montalivet han animado hasta el fin esta funcion, que terminó á las tres de la mañana, dejando en el ánimo de los convidados los mas agradables recuerdos.

Crimen horrible.—El *Journal de Francfort* refiere un crimen espantoso cometido en la persona de un niño. Este se habia perdido hacia seis semanas al cabo de las cuales se supo que habia dado en manos de una espantosa vieja. Este demonio encarnado habia procurado desfigurar horrorosamente á la pobre criatura, y hacerle perder la vista para especular con el sobre la caridad pública.

En reemplazo de nuestro célebre Historiógrafo el señor don Martin Fernandez Navarrete, la Academia de ciencias morales y políticas de París ha nombrado por corresponsal de la seccion de historia á M. Prescott, autor de la ilustrada y curiosa *Historia sobre la conquista de Méjico*, publicada ya hace dos meses y anunciada en los periódicos de dicha capital.

VARIEDADES.

Antigüedad de la costumbre de empedrar las calles.—Parece que esta costumbre se debe á los cartagineses: pero es digno de notarse que las calles de Tobas estaban empedradas tan bien como las de Herculano, Pompeya y demas ciudades antiguas, en la que no solo se observa lo dicho, sino que también se ven aceras en cada lado de la calle. La ciudad de Córdoba fué empedrada á mediados del siglo IX por el Califa español. París no lo fué hasta mediados del siglo XII época de Felipe II. Londres lo estuvo en el siglo XI, y Ausburgo en 1745, á espensas de un comerciante muy rico. Felipe el atrevido fué el primero que estableció reglamentos para mantener la limpieza de las calles; bien que en París no pudo ver los efectos de dichos reglamentos, hasta mucho tiempo despues, porque la libertad con que andaban los cerdos por las calles, lo impidió, y quizás lo hubiera impedido mas largo tiempo, si en 1181, uno de dichos animales no hubiera derribado al rey, que se paseaba á caballo, por cuya razon se prohibió absolutamente á los vecinos el que diesen libertad á sus cerdos. En esta prohibicion se exceptuaron los pertenecientes á la abadía de S. Anten.

Se publica todos los dias 1.º y 16 de cada mes, constando esta interesante obra de 16 páginas en folio mayor: con 48 columnas de elegante impresion. Todos los números estarán adornados con hermosos grabados en madera, ejecutados por los principales artistas, y estampados por un nuevo método.

Se ha repartido á los señores suscritores el número treinta y uno ó sea el sétimo del tomo segundo de esta publicacion, el cual vá enriquecido con 18 primorosas láminas, distinguiéndose entre ellas dos retratos del príncipe de la Paz, marcando diferentes épocas; una hermosa vista de la lonja de Sevilla: otra id. de la Torre del Oro en la misma ciudad: vista del altar mayor de la catedral de Sevilla: espada de Fernan Gonzalez: taza de don Fernando el Católico: retrato de Zurbano: vista de la gran plaza de Méjico: alegoría del mes de febrero: la señorita Tirelli en una escena del Luigi Rolla: Moriani en otra id. de la misma ópera; y otras varias, de un mérito particular.

RESUMEN.

Biografía de don Manuel Godoi, por D. A. F. del Rio. — A un pícaro otro mayor, = (novela) por D. L. Olona. — Poesía, por D. J. V. y Blanco. — Recuerdos de Sevilla, por D. J. A. de los Rios. = Poesía. — Sucesos contemporáneos. = Revista de la Quincena.

Se halla abierta la suscripcion y venta en los puntos siguientes:

Madrid. Un mes 8 rs., tres 20, seis 36, un año 70.

Provincias. Un mes 10 rs., tres 28, seis 54, un año 110.

PRECIO DE VENTA.

Un número suelto 5 rs.

Cada seis meses se dará una cubierta de color para encuadernar el tomo.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En todas las principales librerías del reino, corresponsales de la casa de su Editor, don Ignacio Boix, y en la misma calle de Carretas, número 8.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

A las ocho de la noche: La comedia nueva, original, en tres actos y en verso, titulada: A RIO REVUELTO.... Seguirá baile nacional. Terminará la funcion con la pieza en un acto, titulada: LAS CITAS.

DEL CIRCO.

A las ocho de la noche: HERNANI, ópera en cuatro actos. A la mayor brevedad se pondrá en escena, á beneficio de don Eusebio Lucini, la ópera nueva, en cuatro actos, titulada: I MARTIRI.

La empresa no ha perdonado medio alguno para presentarla con toda la ostentación que su argumento requiere, tanto en la profusion de vestuarios como en las decoraciones; las nuevas son pintadas por el beneficiado. En el 2.º acto se ejecutará un divertimento de baile compuesto y dirigido por el señor Barez.

Las personas que gusten adquirir billetes acudirán desde hoy á las doce á la contaduría de este teatro.

Los señores abonados tendrán reservadas sus localidades en dicha contaduría hasta las tres de la tarde de la víspera de la funcion.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRESA DE BOIX, calle de Carretas, número 8.